

güeses de Amiéns que escalaron el castillo de Arleux, donde aquél estaba mal guardado. Al día siguiente, Carlos *el Malo* se apresuró á escribir á las buenas ciudades para informarlas de su «salida de la obscura prisión» donde se encontraba «villanamente detenido.» En seguida recibió de París llamamientos urgentes. El partido burgüés comprendía que no podía fiarse del delfín; el viaje del príncipe en Normandía había demostrado que podía escapar y encontrar recursos en otras partes. Además los Estados iban declinando de reunión en reunión; Marcel y sus amigos se encontraban sin autoridad y tenían necesidad de un apoyo, y éste podría dársele un príncipe de sangre, muy próximo al trono de Francia, y de quien se alababan la habilidad y la elocuencia.

Carlos *el Malo* pidió garantías para entrar en París. El delfín, á instancias imperiosas de los amigos del rey de Navarra, le envió á Amiéns un salvoconducto que le permitía llevar consigo «tantos y tales (hombres) como quisiera, armados ó no.» En 29 de noviembre, en Saint-Denis, Carlos encontró al preboste de los mercaderes, doscientos hombres de armas y gran número de burgüeses; después al anochecer fué á alojarse en Saint-Germain-des-Prés. Al día siguiente hizo saber que quería hablar á los burgüeses. El preboste de los mercaderes convocó en seguida á todos sus partidarios; más de diez mil hombres se reunieron en el Pré-aux-Clercs. El rey de Navarra, desde lo alto de un tablado, «predicó» sobre un texto latino, habló de su prisión, de sus sufrimientos, del mal gobierno de los oficiales del rey. «Por muy largo tiempo predicó, y tanto que ya se había comido en París cuando cesó.»

Las circunstancias tomaban para él un giro favorable. A pesar de la tregua firmada en Burdeos por el rey Juan, habían continuado las hostilidades. Los navarros se habían ya establecido en la Baja Normandía, en Cherburgo, en Valognes, en Carentán, en Mortain; asociados desde 1356 á los ingleses, habían ganado terreno, tanto que toda la Normandía, desde el Mont-Saint-Michel hasta Eu, estaba en guerra. «Los más temibles bandidos y aventureros servían á las órdenes de Felipe de Navarra, á quien Eduardo III había nombrado su lugarteniente en Normandía. En enero de 1357, Felipe había hecho una correría hasta Chartres y saqueado la Beocia. Cuando el rey de Navarra fué puesto en libertad, esas bandas marcharon hacia París. En el espacio de algunos meses, los anglo-navarros se instalaron en Etampes, en Epernai, en Arpajón, en Montlhéri, en Pithiviers, en Montargis. Y como Carlos *el Malo* estaba ya en posesión de Meulán y de Mantes, poco tiempo después no se podía, sin un salvoconducto sellado con el sello de Navarra, atravesar los alrededores de París.

En la ciudad, el partido de Navarra se conduce ya como si fuera el amo. Le Coq es el «principal» en el Consejo. «No había entonces en el Consejo ningún hombre que osara contradecirle;» hace entrar en él á quien es de su agrado, y revela al rey de Navarra las deliberaciones secretas. El partido tiene fuerzas que están enteramente preparadas; los burgüeses están armados; Marcel ha hecho tomar á sus partidarios la caperuza mitad roja, mitad azul, y el broche encarnado y azulado con la divisa «Con buen fin.» Así el delfín, en 12 de diciembre, se ve obligado á conceder á Carlos *el Malo* indemnizaciones en dinero y en tierras. Hace á

mal tiempo buena cara: él y el navarro «estuvieron juntos con frecuencia y comieron juntos varias veces; y siempre estaba el obispo de Laón con ellos, y se trataban mutuamente á cuerpo de rey.»

Creyéndose seguro de París, el rey de Navarra marcha hacia Ruán, á fin de llevar á ejecución un proyecto con el cual está encariñado. Al pasar por Mantes, reúne allí á los capitanes de los castillos y fortalezas ocupados por los ingleses y come con ellos. En 8 de enero de 1358 hace una entrada solemne en Ruán, al mismo tiempo que una pandilla inglesa incendia, 1358 á las mismas puertas de la ciudad, una quinta perteneciente al delfín. El día 10, los cuerpos de las víctimas ejecutadas en abril de 1356 por orden del rey Juan, son descolgados y puestos en ataúdes; y se rehabilita su memoria por una larga ceremonia que se verifica en el Campo del Perdón y en la catedral. Al día siguiente, desde una ventana del portal de Saint-Ouen, el rey de Navarra repite á los ruaneses sus discursos de Amiéns y de París. Después manda servir una comida á los principales burgüeses de Ruán, y hace sentar á su mesa al alcalde, que era un mercader de vino, de humilde condición. Había tomado su desquite de la violencia y de la injuria que había sufrido de parte del rey Juan.

V.—El delfín fuera de París (1)

Al cabo de un mes de esta tutela navarra y burgüesa, el delfín había agotado «la virtud de la paciencia que Dios le había concedido.» Como también sabía hablar, y hasta hablaba muy bien, también quiso hablar. Mientras el rey de Navarra estaba en Ruán, en 11 de enero de 1358, muy temprano, por la mañana, hizo saber que iría al Mercado para arengar al pueblo. El obispo de Laón y el preboste de los mercaderes quisieron retenerle en palacio; pero él marchó á caballo, acompañado de una decena de personas. Los oyentes habían comparecido en gran número. Les dijo que «tenía intención de vivir y de morir con ellos;» si hacía venir gentes de armas, no era esto, como decían «algunos malvados,» para «robarles y dañarles,» sino para «ayudar á defender y garantir al pueblo de Francia, que tenía mucho que sufrir.» Los enemigos estaban en todas partes: ahora bien, «los que habían tomado el gobierno no ponían á eso ningún remedio;» así, era su intención «gobernar desde entonces en adelante y combatir á los enemigos de Francia, y ya no hubiera esperado tanto si hubiese tenido el gobierno y la moneda.» Añadió que de «toda la que se había recaudado en el reino de Francia desde que los tres Estados habían tenido el gobierno, él no tenía dinero ni blanca, pero que pensaba que aquéllos que la habían recibido rendirían buenas cuentas.» Esto parecía una declaración de guerra.

Marcel y sus amigos, para replicar, tuvieron al día siguiente una reunión en Saint-Jacques de l'Hôpital, pero el delfín asistió también, y su canceller de Normandía repitió el discurso del Mercado. Cuando uno de los organizadores de la asamblea, Toussac, se levantó para

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Violet, *Les Etats de Paris en février 1358*, «Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,» XXXIV, segunda parte, 1895. Jourdain, *L'Université au temps d'Etienne Marcel*, «Revue des Questions historiques,» XXIV, 1878.

hablar, «hubo tanto ruido que no se le pudo oír.» Sin embargo, cuando el delfín se hubo retirado, Toussac tomó nuevamente la palabra: atacó á los oficiales reales, y dijo «que había tantas malas hierbas que las buenas no podían fructificar ni mejorar, y dijo muchas cosas encubiertamente contra el duque.» El abogado Juan de Saint-Aulde defendió la gestión financiera del partido, aseguró que el preboste no se había «embolsado» el dinero del subsidio, y por lo contrario, acusó de malversaciones al delfín y á sus amigos. Después Toussac volvió á levantarse para defender al preboste. Bien sabía que «contra el preboste reinaba odio,» y sin embargo era un hombre honrado, y que «había hecho lo que había hecho por el bien, la salvación y el interés de todo el pueblo.» Así, en aquellas curiosas jornadas, los asuntos del Estado y las querellas de los príncipes se llevaban ante el pueblo, á quien los dos partidos, impotentes para vencerse uno á otro, parecían tomar como juez soberano.

El delfín parecía resuelto á acabar: reunía hombres de armas en los alrededores de París; obtenía de los nuevos Estados, que se reunieron difícilmente á mediados de enero de 1358, una nueva rebaja de las monedas, y hacía callar bruscamente á Juan de Picquigni, que le traía nuevas quejas del rey de Navarra. Los burgüeses y los navarros estaban muy intranquilos; impedían á las gentes armadas que entraran en París. Hacían intervenir en corporación á la Universidad, que trató, sin éxito, de imponer un nuevo arreglo de cuentas entre el delfín y el rey de Navarra. Lo que acababa de perturbar los ánimos era que el rey Juan había estatuido en Londres los preliminares de un tratado de paz, y que el delfín había recibido la noticia el 27 de enero. Ahora bien; la paz era la vuelta del rey, la ruina de los proyectos del rey de Navarra y un gran peligro para Marcel y sus partidarios.

En 11 de febrero se celebró todavía una reunión de Estados. Lo mismo que en enero, los nobles dejaron de asistir. No sabemos como se deliberó, pero la ordenanza que se impuso al delfín da á conocer las inquietudes de los parisienses. Uno de los primeros artículos prohibía toda reunión de asambleas provinciales y locales, á fin de impedir al príncipe que encontrara recursos por este medio. Las resoluciones anteriores, sobre todo la Gran Ordenanza de 1357, fueron en parte renovadas. Los Estados votaron un subsidio que debía ser, como los precedentes, recaudado é invertido por ellos. Sin embargo, se prometió un vigésimo al delfín para su uso; sin duda creían ganarle por esta generosidad. Pero los Estados generales estaban decididamente desacreditados. Se había llegado, con respecto á los mismos, hasta la lasitud y el enervamiento. Como sucede siempre en tales circunstancias, un accidente cualquiera podía traer las consecuencias más graves.

Perrin Marc, criado de un cambista, encontró el día 24 de enero de 1358, en la calle Nueva de Saint-Merry, á Juan Baillet, tesorero del delfín, que se negaba á pagarle el precio de dos caballos. Después de haberle amenazado, «le hirió con un cuchillo debajo de la espalda, por detrás,» y se refugió al sagrado del asilo Saint-Merry. El delfín envió al mariscal de Normandía, Roberto de Clermont, escoltado del preboste real, para apoderarse del homicida; las puertas del lugar santo

fueron derribadas, y Perrin Marc fué sacado de allí á viva fuerza. Al día siguiente, en el mismo sitio donde había dado la cuchillada, le cortaron la mano y después fueron á colgarle en la horca.

En seguida toda la ciudad se agitó: el obispo de París, del partido navarro, se quejó al delfín «de la extorsión y villanía hechas á Dios y á la Santa Iglesia» por la violación del asilo, y el mariscal de Normandía fué excomulgado. El delfín se vió obligado á permitir que el cuerpo de Perrin Marc fuese descolgado y llevado honrosamente á Saint-Merry, y en un mismo día se vió por las calles un doble cortejo: el de Perrin Marc, en que figuraban el preboste de los mercaderes y gran multitud de burgüeses, y el del tesorero Juan Baillet, á quien seguía el delfín. Muchos encontraban que el príncipe «empezaba á tratar demasiado duramente á los burgüeses de París.» Marcel resolvió darle una lección.

El 22 de febrero por la mañana reunió gentes de los oficios, cerca de tres mil hombres armados en Saint-Eloi, cerca del palacio. Esta multitud decidió la ejecución de Juan de Confláns, mariscal de Champaña, y de Roberto de Clermont, mariscal de Normandía. ¿Fueron estos dos señores elegidos como víctimas á causa de su oposición al partido de los burgüeses, ó porque se sospechaba de ellos que instaban para que se concertara el tratado con Eduardo III, preparado por el rey Juan y sobre el cual el rey guardaba un silencio alarmante? El motivo permanece desconocido. En cuanto á Roberto de Clermont, su caso era tanto más grave, cuanto que, después de haber hecho el reformador en los Estados generales, había cambiado de actitud, y más recientemente todavía, era él quien había arrancado á Perrin Marc del asilo Saint-Merry.

Con Esteban Marcel á la cabeza, la multitud se dirigió hacia el palacio, cuando encontró á Regnault de Aci, abogado del Parlamento, destituido el año anterior de su cargo de abogado del rey, y que se había hecho sospechoso por un viaje reciente á Inglaterra. Corrieron tras de él; se refugió en casa de un pastelero, donde fué alcanzado y herido de tantos golpes que murió «en seguida sin hablar.»

En palacio, el preboste de los mercaderes encontró al delfín en un cuarto de gala sobre una cama de respeto: «Señor, le dijo en substancia, no os extrañéis de las cosas que veáis, porque está ordenado y conviene que se haga.» En seguida las gentes que le acompañaban se echaron sobre los mariscales: Juan de Confláns fué muerto á los pies del príncipe, cuya ropa quedó manchada de sangre; Clermont, perseguido de una en otra habitación, fué igualmente asesinado. El delfín, que había quedado solo, suplicaba al preboste que le salvara: «Señor, no tengáis cuidado,» dijo Marcel, quien tomó la caperuza del príncipe y en cambio le dió la suya, la caperuza de los dos colores. Los dos cadáveres, arrastrados hasta el patio del palacio, frente á la escalinata de mármol, quedaron allí hasta después de comer, «y no había ningún hombre que fuera osado á quitarlos.»

Desde el palacio el preboste se dirigió á la plaza de la Grève, donde explicó al pueblo el homicidio de los «falsos, malvados y traidores;» lo que había hecho, dijo, había sido por el bien del reino. Después volvió al lado del delfín, á quien encontró muy doliente y aturdido (*moult dolent et ébahi*); le declaró que sus mariscales

habían sido ejecutados «por la voluntad del pueblo,» y obtuvo un perdón en toda regla. Vuelto á su casa, el preboste, que era mercader de paños, envió al delfín dos piezas de tela, una de ellas persiana y otra roja, para hacer caperuzas de los colores burgueses. Pero por la noche, intranquilo sin duda por el acto criminal que acababa de cometer, y mientras se enterraba silenciosamente á los mariscales en Santa Catalina du Val des Ecoliers, fué á encontrar á la reina Juana de Navarra para rogarle que llamara á París á Carlos *el Malo*. En cuanto al delfín, cedía á la pura fuerza: el 23 de febrero renovó las ordenanzas y prometió hacer una nueva depuración del consejo para introducir en él algunos burgueses.

El rey de Navarra llegó en 26 de febrero. El preboste fué en seguida á hacerle su informe y á reclamar su apoyo. De común acuerdo decidieron obligar al delfín á que tomara el título de regente, lo que hizo en 14 de marzo. Mientras el delfín no fué más que el lugarteniente de su padre, Marcel podía temer la intervención del rey, que estaba fuera de su alcance. Después que el príncipe hubo tomado la regencia, que hubo substituído su sello al sello real, y que de esta suerte el nombre del rey quedó completamente extinguido (*fut le nom du roi tout éteint*), era casi la misma realza lo que el preboste tenía entre sus manos.

Así, por la fuerza de las cosas, Marcel se internaba cada vez más en las vías revolucionarias. Pero tenía que jugar con el delfín una ruda partida.

El príncipe pensaba escaparse; habría sido preciso retenerle á viva fuerza, y parece que el preboste no se atrevió á llegar hasta ese punto; ejercía solamente una buena vigilancia alrededor de su semiprisionero. En 19 de marzo se decapitó en el Mercado á un escudero, Felipe *el Arrepentido*, por haber preparado el rapto del príncipe, que habitaba entonces la Noble Maison de Saint-Ouen. Pero el regente estaba resuelto á marchar. Desde el 12 de marzo, sin tener en cuenta la reciente ordenanza que prohibía toda asamblea provincial, había decidido ir á presidir la asamblea de los nobles de Picardía, de Artois y del país de Caux, convocada para el 26 de marzo en Senlis. El rey de Navarra debía ir en su compañía, sin duda para vigilarle; pero estuvo enfermo y no pudo partir. Antes del 27 de marzo el regente salía de París, decidido á no volver más que en calidad de amo.

En Senlis, el 27 de marzo obtuvo de la asamblea el auxilio que le pidió. De allí se dirigió á los Estados de Champaña, en Provins. Los champañeses rechazaron con indignación la intervención de los dos parisienses enviados por Marcel y el rey de Navarra, y declararon que no querían volver más á las asambleas que se celebraran en París. Pidieron también al regente que castigara el asesinato del mariscal de Champaña: «Nosotros, champañeses, que aquí estamos, dijo el conde de Braise, esperamos que hagáis buena justicia de aquellos que á nuestro amigo han dado muerte sin motivo.» En una segunda sesión celebrada en Vertus, los Estados acordaron un subsidio para organizar un pequeño ejército. Así aparecía claramente que el partido de Navarra y de Marcel no tenía apoyo fuera de París, y que el reino permanecía adicto al rey.

Cuando aún estaba en París, el regente había convo-

cado allí los Estados generales para el 1.º de mayo. Una vez libre, cambió el lugar de reunión; los Estados fueron convocados en Compiègne para el 4 de mayo. Treinta y cuatro diócesis no habían enviado representantes del clero; diez y ocho bailías no habían diputado ni á nobles ni á burgueses; no había representante de París; contrariamente á lo que se había visto en las reuniones precedentes, los nobles eran los más numerosos en esta asamblea. Estos Estados fueron muy útiles al delfín. En ellos había una gran animosidad contra los parisienses y los navarros. Todos los poderes de los elegidos, generales, consejeros, recaudadores, reformadores y comisarios de toda especie, impuestos por los Estados anteriores, fueron anulados. Roberto Le Coq, que estaba presente, «estuvo en peligro de ser muerto por varios nobles, que estaban allí con el regente.» No obstante, la ordenanza dada á consecuencia de los Estados de Compiègne no difiere mucho de las anteriores; hasta en esta asamblea de los leales fué preciso acordar el envío de nuevos reformadores delegados para el reino, el realzamiento de la moneda, la cobranza y la inversión del subsidio por los elegidos y recaudadores de los Estados, la visita de las fortalezas por los oficiales del rey y las gentes del país. Pero estas concesiones se otorgaban á partidarios adictos; la asamblea había concedido al delfín un subsidio de importancia.

El regente recobraba la confianza, hablaba como rey y se negaba á conciliaciones humillantes. En 2 de mayo se encontró en Mello con el rey de Navarra, y le hizo comprender que no estaba dispuesto á someterse otra vez al yugo. Una diputación de la Universidad, y después otras formadas de burgueses de París, fueron mal recibidas. El regente aumentaba sus tropas. En el mes de abril se había apoderado de Montereau, que guardaba Blanca de Navarra, hermana de Carlos *el Malo*, y había hecho ocupar, con gran descontento de la ciudad, el mercado fortificado de Meaux, en una isla del Marne. En todas partes los nobles se armaban á su favor.

La inquietud de Marcel se ve en la carta, muy hermosa por lo demás, que escribió al regente para requerirle que volviese á París: «Muy temido señor, certificamos en verdad que vuestro pueblo de París murmura muy grandemente de vos y de vuestro gobierno. Los enemigos vuestros, nuestros y del reino nos esquilman y nos roban á sus anchas hacia la parte de Chartres, y á ello ningún remedio se pone por vos que deberíais ponerlo. Hay más; no os dais ningún cuidado en guarnecer las fortalezas que están hacia el país ocupado por vuestros enemigos; pero si habéis tenido buen cuidado de ocupar aquellas de donde nos pueden venir los víveres, y lo que es peor, las habéis guarnecido con gentes que no nos quieren ningún bien.» Con respecto á las malas pláticas que tenfan con el delfín algunos de sus consejeros acerca de los parisienses, el preboste escribía secamente: «Si os place saberlo, muy temido señor, las buenas gentes de París no se tienen por villanos, sino que son hombres de bien y leales, y así les habéis encontrado y les encontraréis, y dicen además que villanos son todos los que hacen villanías.»

Por entonces también Marcel organiza la resistencia. Está rodeado de todos los suyos, de Gil Marcel, oficial del prebostazgo; de Perinet Marcel, portaestandarte;

de Guillermo Marcel, el cambista, que dirige la hacienda del partido. Pide un préstamo al prior del Hospital; echa mano de parte del tesoro de Nôtre Dame; confisca los muebles de los partidarios del regente; exige empréstitos á los ricos burgueses; hace acuñar moneda, tapiar ó proveer de fosos un cierto número de puertas, instalar máquinas en las murallas, arrasar el arrabal de San Víctor, destruir los jardines y dependencias de los conventos de la orilla izquierda fuera de las murallas, derribar las construcciones que obstruyen el camino de ronda. Se apodera de la artillería que el delfín tenía en el Louvre y la hace transportar á la casa de los Pilares. Se instala en el Louvre, que forma una fortificación avanzada al Oeste de la ciudad. Uno de sus agentes se establece en Aviñón para tratar allí con los jefes de los bandidos que vagan por el reino. El terror reina también en París. Todos los sospechosos de sostener relaciones con el delfín están en peligro. El maestro del Puente de París y el maestro carpintero del rey son decapitados y descuartizados en la plaza de la Grève; se les acusaba de haber querido introducir en París á gente armada del delfín.

Marcel estaba, pues, en plena rebelión. Jugaba el todo por el todo y no podía ya retroceder. Va á aliarse con otros revolucionarios que parecieron, por un momento, más temibles que él.

VI.—La Jacquerie (1)

Si en la primera mitad del siglo XIV el estado de las campiñas había sido próspero, la guerra había venido muy pronto á cambiarlo. La invasión, la larga duración y la extensión de las hostilidades eran desastrosas, sobre todo para el campesino. El país llano era incesantemente recorrido por las bandas armadas que los enemigos del rey y del reino mantenían. Mal pagados durante la guerra, sin sueldo durante la tregua, obligados á vivir sobre el país, aterrorizados además por la perspectiva de la ganancia, ingleses, navarros, bretones, gascones, españoles explotaban cruelmente el reino. Roberto Knolles, instalado en Normandía, en poco tiempo había ganado 100.000 escudos; el galo Ruffin había escogido el país entre el Loira y el Sena, y era imposible ir de París á Vendôme, á Montargis, á Orleans, sin pagarle peaje; el inglés Pedro Audley estaba entre Chalons-sur-Marne y Troyes; Eustaquio de Auberchicourt ocupaba Nogent-sur-Seine, Pont-sur-Seine y todo el país de los alrededores; Albrecht de Buef era dueño de la Marne de Château-Thierry en Vitri, ¡y cuántos otros nombres, poco ó nada conocidos de nosotros, deberían añadirse á los que acabamos de citar!

Las ciudades cerradas y los castillos podían defenderse; en cuanto á los aldeanos, se ponían al abrigo como podían: «En aquel año de 1358, dice Juan de Venette, muchas aldeas desprovistas de fortificaciones hicieron verdaderas ciudadelas de sus iglesias, abriendo zanjas alrededor de las mismas y proveyendo sus torres y sus campanarios de máquinas de guerra, de pedreros y de balistas, á fin de defenderse si los bandidos iban á atacarles, lo que, según parece, sucedía muy á men-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—S. Luce, *Histoire de la Jacquerie*, 2.ª edición, 1895. Flammarion, *La Jacquerie en Beauvaisis*, «Revue historique», IX, 1879.

do.» Por la noche vigilaban los centinelas, y al primer grito los habitantes se refugiaban en la iglesia. Pero estas fortalezas improvisadas eran muy á menudo insuficientes. Aterrorizados, los aldeanos se escapaban refugiándose en los bosques, en las canteras, en las cuevas, en las islas, en barquichuelos amarrados en mitad de los ríos, en los castillos, en las villas fortificadas, llevando consigo lo que podían de muebles, de provisiones y de ganado, con la expectativa de verse reducidos á la última miseria.

Así, en la población de las campiñas, se alimentaban violentos odios ocultos. Tenía, sobre todo, mala voluntad á los nobles; les reprochaba que no sabían ya defender ni el reino ni á sus vasallos, y que se habían dejado derrotar sin honor en Courtrai, en Creci y en Poitiers. Y he aquí que muchos de esos nobles estaban entonces en los campos mandando esas pandillas de bandidos. Lejos de proteger al campesino, como deberían, viven á sus expensas: fuera de sus tierras, saquean y cometen exacciones; en sus tierras son más exigentes que nunca. En cuanto á aquellos que, en gran número, han sido hechos prisioneros por los ingleses, son en resumidas cuentas sus vasallos quienes pagan sus rescates. Muy recientemente la ordenanza de Compiègne, obligando á los señores á poner sus castillos en estado de defensa, les ha proporcionado un nuevo pretexto para arrancar más dinero y exigir más trabajo.

En esta situación apurada, ¿de dónde ha de venir el remedio? El rey está prisionero; el delfín está en guerra, no sólo con los ingleses, sino que también con sus súbditos. El reino está en la anarquía. Por otra parte, hacía ya más de dos años que el rey había confiado á los mismos aldeanos el cuidado de defenderse; les había recomendado armarse y coligarse para resistir á los saqueos de las gentes de armas. Tienen el derecho á su favor; ¿por qué no habían de usarlo? Y usándolo, ¿cómo no habían de abusar en tal estado de miseria?

En 28 de mayo de 1358, «se conmovieron, dicen las *Grandes Crónicas*, muchas gentes plebeyas de Beauvais, de las villas de Saint-Leu, de Esserent, de Nointel, de Cramoisi y de los alrededores, y se reunieron con mala intención. Y embistieron á varios gentiles-hombres que estaban en dicha villa de Saint-Leu y mataron á nueve.» En Saint-Leu había en efecto un convento fortificado, ocupado por una partida de hombres de armas. Las gentes de las aldeas vecinas, en un radio de cuatro á cinco leguas á cada lado del bosque de Ermonville, se habían coligado para vengarse de sus atropellos. Este fué el primer sobresalto. Otras bandas se formaron en seguida en la misma región, y empezaron á perseguir á los que acabamos de citar, y á quemar los castillos.

Los jacques—este era en aquel tiempo el sobrenombre de los villanos (2)—eligieron un capitán, Guillermo Karle, de Mello, «hombre muy sabio y que hablaba bien, de hermosa figura y forma» y que conocía la profesión de las armas. Otros jefes, bajo sus órdenes, mandaban bandas aisladas; más tarde pretendieron que

(2) La palabra *jacque* servía también para designar una vestidura corta; no se puede decir si este vocablo viene de que tal prenda de vestir era llevada por los aldeanos, ó si se deriva del alemán *Saeco*, *Schecken*. Consúltese Denifle, *La désolation des Eglises*, II, 211, número 3.